

# ENTRE CONSENSO Y HEGEMONÍA: Notas sobre la forma hegemónica de la política moderna<sup>1</sup>

LAWRENCE GROSSBERG<sup>2</sup>

University of North Carolina, Chapel Hill.

dockrock@email.unc.edu

(Traducción del manuscrito en inglés por Eduardo Restrepo)

Artículo de Reflexión    Recibido: junio 8 de 2004    Aceptado: septiembre 27 de 2004

## Resumen

La mayoría de los intérpretes de la modernidad han considerado que la política moderna es ideológica y consensual. Sin embargo, la política moderna no es siempre una lucha por el consenso ideológico, sino que involucra una lucha por la «hegemonía». Este artículo describe las tres principales diferencias entre las luchas por el consenso ideológico y las luchas por la hegemonía. Además, el artículo se enfrenta a la cuestión de cómo una particular hegemonía es establecida, mantenida y confrontada.

*Palabras clave:* hegemonía, consenso, ideología, teoría política.

## Abstract

Most interpreters of modernity have argued that modern politics is ideological and consensual. However, modern politics is not always a struggle for ideological consensus, but that it involves a struggle for «hegemony». This article describes the three main differences between struggles for ideological consensus and hegemonic struggles. In addition, this article deals with the question of how a particular hegemony is established, maintained or challenged.

*Key words:* hegemony, consensus, ideology, political theory.

<sup>1</sup> Estas notas pertenecían al manuscrito inicial de su próximo libro de Grossberg, *Caught in the Crossfire: Kids, politics and America's future* (Boulder: Paradigm, 2005). Para hacer este libro asequible a un público más amplio, Grossberg decidió extraerlas para su publicación independiente y que hasta ahora habían permanecido inéditas. La importancia de estas notas radica en la forma como se expone un concepto central de la teoría política contemporánea y de los estudios culturales como el de hegemonía, estableciendo una distinción analítica importante entre este concepto de hegemonía y los de consenso o dominación con los cuales muchas veces se tiende erróneamente a confundirlos (N.T.).

<sup>2</sup> Profesor «Morris Davis» de Estudios de la Comunicación en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, Estados Unidos. Lawrence Grossberg es una de las figuras más visibles de los estudios culturales no sólo en la academia estadounidense, sino en el mundo en general. Dentro de sus publicaciones más conocidas se encuentra la edición (en compañía con Cary Nelson y Paola Treichler) de la ahora clásica compilación *Cultural Studies* (Nueva York-Londres, Routledge, 1992) y su libro *Bringing it all back home. Essays on Cultural Studies* (Durham: Duke University Press, 1997).

**LAWRENCE GROSSBERG**

---

Entre consenso y hegemonía



SIN TÍTULO, 2003  
Fotografía de Johanna Orduz Rojas

Uno de los efectos más obvios de la modernidad fue que cambió la naturaleza de la política, y al cambiar la modernidad, así lo ha hecho la política. Tal vez sería mejor decir que las relaciones e instituciones de poder y política han cambiado continuamente al igual que lo ha hecho el más amplio contexto de la modernidad. Uno de los cambios que marcan la entrada en la política moderna es que el Estado busca legitimar su poder al lograr que la gente esté de acuerdo con él. Esto contrasta claramente con las sociedades pre-modernas que a menudo apelaban a derechos divinos, mientras ellas usaban consistentemente la fuerza física como la más espectacular forma de violencia.<sup>3</sup> El Estado moderno no renuncia enteramente a la violencia, sino que de hecho clama por ser el único poseedor y ejercitador del poder violento; pero busca un balance entre consentimiento y fuerza, y usa la fuerza sólo como una última alternativa. El Estado moderno existe, entonces, en relación con un nuevo espacio de la política. La sociedad civil refiere a aquellos espacios públicos e instituciones que son relativamente libres del control del Estado, donde la gente tiene suficiente libertad como individuos privados para configurar opiniones políticas y compartir y actuar sobre estas opiniones.

La mayoría de los intérpretes de la modernidad han considerado este fenómeno

<sup>3</sup> Este contraste es igualmente planteado por Ernesto Laclau (1985: 21). (N.T.).

como que la política moderna es ideológica y consensual. Desde esta perspectiva, la política funcionaría tratando de persuadir a la gente de que el mundo es de cierta forma y que las cosas necesitan ser hechas de una determinada manera. En un consenso ideológico, la gente comparte un común universo de significado, experiencia y valor, una forma común de percibir y evaluar el mundo. Si fuese totalmente exitoso, tal consenso significaría que cada cual en una sociedad pensaría igual, compartiría mapas de sentido y tendría la misma serie de valores. Pero en realidad, las sociedades modernas no son tan homogéneas para que uno esté en probabilidad de tener un total acuerdo ideológico. Así, desde esta perspectiva, la política estaría organizada sobre el supuesto de que la sociedad puede ser dividida en dos grupos sociales mutuamente exclusivos, cada uno de los cuales con su propia «visión del mundo», experiencias, valores y cultura. La relación entre los dos grupos (clases, géneros, razas, etc.) sería directamente jerárquica: uno posee el poder, el otro carece de poder; uno es dominante, el otro subordinado. Por supuesto, los grados de esta inequidad pueden variar desde riqueza económica hasta educación, influencia política, acceso a la cultura pública, etc.

Así, el grupo dominante tendría que asegurarse que los grupos subordinados acepten esta inequitativa relación. En este sentido, se vería obligado continuamente a tratar de legitimar la forma en que las cosas son mediante lograr que el grupo subordinado perciba el mundo de acuerdo con los significados y valores del

grupo dominante. Esto es, el grupo dominante trataría de imponer su ideología sobre el grupo subordinado para que ambos estén de acuerdo sobre que las cosas son de la forma que tiene que ser o debe ser. Esta tendencia que entiende la política moderna como ideología, además plantea que el grupo dominante al ser confrontado con el disenso o incluso con la oposición buscaría desarmarla mediante su incorporación dentro del consenso. Así, la protesta puede ser transformada en la legitimación del consenso existente porque reafirma que existe libertad de expresión.

Ahora bien, la política moderna no es siempre una lucha por el consenso ideológico. Al menos en algunas ocasiones, la política moderna involucra una lucha por la «hegemonía».<sup>4</sup> Me refiero a ambas luchas porque quiero enfatizar que ambas constituyen procesos continuos y en curso: nunca una de ellas culmina en una completa y permanente victoria. Puedo empezar por ofrecer un sentido inicial de las diferencias entre estas dos modalidades de lucha política recurriendo a la descripción de John Gray (2000: 1) de los dos sentidos del liberalismo. En la primera visión es la consensual, en la cual el liberalismo es considerado como un intento por superar racionalmente la diferencia y el desacuerdo en una búsqueda por la unidad y la comunalidad. La segunda visión del liberalismo es más pensando la hegemonía, con lo cual el liberalismo aparecería como lo que se podría llamar una visión de la unidad en la diferencia. Es decir, el liberalismo no trataría de erradicar las diferencias o volverlas nimias. Al contrario, esta concepción del liberalismo lo concibe como tratando de negociar una paz entre las diferencias (las diferentes formas de vida, los diferentes sistemas de valores, etc.). Así, busca un sentido de unidad junto a la diversidad.

Existen al menos tres diferencias entre las luchas por el consenso ideológico y las luchas por la hegemonía.<sup>5</sup> Primero, la hegemonía no

<sup>4</sup> Para un detallado análisis del concepto de hegemonía en el pensamiento de Gramsci, véase Hall (1991). (N.T.).

<sup>5</sup> Para un reciente debate sobre el concepto de hegemonía en la teoría social contemporánea, véase Butler, Laclau y Žižek (2000) (N.T.)

se refiere a la construcción del consenso, sino del consentimiento. No busca tanto el acuerdo sobre una visión del mundo, sino más bien estar de acuerdo en que un grupo particular debe liderar la nación. La hegemonía es menos sobre la construcción de un sentido de unidad que de aceptar una estructura de mando y control. En la hegemonía, la gente no tiene que percibir el mundo en la misma forma sino aceptar la desigual distribución de poder, riqueza o libertad, etc. Simplemente se debe consentir en el liderazgo de un grupo particular. En efecto, la gente puede no estar de acuerdo en la «ideología» o en la visión de que aquellos que se encuentran en la posición de liderazgo, pero debe no ver otro grupo capaz de dirigir. En consecuencia, la hegemonía no es una lucha ideológica. Aunque puede incluir asuntos ideológicos,

se extiende mucho más ampliamente a lo largo de la vida de una sociedad, involucrando igualmente aspectos y luchas económicas, sociales y culturales.

Segundo, la hegemonía no puede ser concebida como una lucha entre dos campos opuestos y homogéneos. No es la victoria de un campo sobre el otro. Las sociedades modernas no pueden ser divididas simplemente en dos campos, hay innumerables diferencias y lealtades sociales que se yuxtaponen y compiten entre sí reorganizando constantemente la gente en torno a múltiples ejes en un fluido rango de identidades sociales y políticas. A diferencia del consenso, la hegemonía no trata de eliminar este complejo contexto de diferencias sino de reorganizarlo en una nueva unidad diferenciada. La hegemonía es un proceso permanente en el cual un grupo establece su poder para liderar y organizar la población.<sup>6</sup>

Finalmente, el grupo medular que trata obtener la posición de liderazgo no es

<sup>6</sup> La relación entre hegemonía y diferencia se encuentra sustentada en Laclau y Mouffe (1985).

homogéneo —todos los capitalistas contra los obreros, todos los blancos contra los negros, todos los hombres contra las mujeres, etc. —. Este grupo es definido por su propia unidad en diferencia, al tratar de organizar la sociedad en torno a su propia proyección de una unidad en diferencia afirma su posición de liderazgo, privilegio y poder. Este grupo medular es una alianza de varias fracciones de diferentes grupos sociales y de interés que constituyen la población. Por ejemplo, tal grupo hegemónico medular puede incluir representantes de ciertos sectores capitalistas (financieros pero no manufactureros) y ciertas fracciones de los obreros; puede incluir algunas fracciones de las poblaciones minoritarias tradicionalmente excluidas como, por ejemplo, los negros o los hispanos. Un grupo hegemónico medular reúne los intereses neoliberales de los líderes de la élite empresarial con varios movimientos sociales conservadores y, al menos, una fracción de políticos republicanos o demócratas. Parte del trabajo de la hegemonía es colocar y mantener este grupo junto de forma tal que aunque las fracciones puedan trabajar juntas, no todas son iguales. Algunas fracciones están más en el «núcleo» que otras y, como resultado, algunas pueden ser incluidas sólo en momentos y lugares particulares.

Para entender el poder moderno como consenso, tenemos que imaginar el contexto social dividido en dos grandes campos, cada cual intentando conquistar el otro en aras de crear un campo totalmente unificado y homogéneo. El poder hegemónico, en cambio, trata de reunir las diferencias. En vez de dos campos, hay muchos y, de hecho, al menos cierta gente se mueve entre campos, incluso si algunos campos pueden acercarse o alejarse de las alianzas. Antes que dos grandes fuerzas, cada cual con un propósito único (de conquista ideológica total), existen muchas diferentes fuerzas cada cual con sus propios objetivos y búsquedas.

Algunas buscan cambios más globales mientras que otras buscan transformaciones más específicas en un campo particular, tales como la educación, la medicina o la moralidad. Estas fuerzas para el cambio no necesariamente pertenecen a un campo. Un campo particular puede alinderarse con una fuerza particular para el cambio que no ha apoyado antes.

La hegemonía es un intento de reunir en balance, encontrar un estado de equilibrio. Por supuesto, el equilibrio es siempre inestable y temporal con el campo continuamente cambiando.<sup>7</sup> La hegemonía trata de lograr un acuerdo temporal. Es el

<sup>7</sup> Esta característica de la hegemonía es elaborada por Ernesto Laclau (1985: 22-23). (N.T.).

resultado de y mantenida a través de una constante negociación y compromiso entre los intereses políticos, económicos y culturales en competencia y entre varios grupos sociales, siempre bajo el liderazgo del particular interés de los grupos medulares, los cuales deben constantemente reconstruir su unidad y su liderazgo. En otras palabras, tanto las negociaciones como sus compromisos son siempre inequitativos.

Esto significa que en la hegemonía, el bloque medular o líder no puede ignorar ni eliminar cada conflicto, cada grupo o fuerza competitiva, cada forma o acto de resistencia, cada grupo que se opone a su liderazgo o que ofrece una visión alternativa para la sociedad o una definición alternativa de los problemas, o una solución alternativa a un problema particular. Este bloque medular negocia con al menos algunos elementos de la resistencia y la oposición; puede hacer un lugar para aquellas visiones competitivas y fuerzas sociales antagonistas. En vez de tratar de desarmarlas completamente, el bloque medular puede empoderar algunas de ellas; puede incluso acomodarse a sí mismo a ellas y hacerles concesiones. Para contener los retos a su liderazgo, el bloque medular puede incluso permitirle a grupos disidentes afectar su programa y proyecto, alterar la dirección de la sociedad, cambiar aspectos de su visión hegemónica. Lo que puede ganar constantemente es el consentimiento de estos grupos a su continuo liderazgo. Esto no significa que acepte enteramente la resistencia y abandone su propia visión y proyecto, sino que se mantiene abierta y flexible, continuamente lista y capaz de renegociar el balance temporal. Los líderes hegemónicos no aceptan cualquier diferencia, cualquier alternativa. Al contrario, siempre hay quienes son excluidos de cualquier posibilidad de negociación. Así, el bloque medular busca contener y posicionar, antes que destruir la resistencia para estructurarla de forma tal en un balance de fuerzas que sustenten la continuación de su liderazgo, tal vez incluso ocasionalmente lo haga un aliado potencial contra un enemigo común. En última instancia, esto significa que uno no puede asumir que los argumentos y posiciones del grupo medular son siempre traducidos directamente en la realidad o incluso en políticas. Dentro de un contexto hegemónico, uno tiene que pensar sobre los

cambios como están teniendo lugar diferencialmente a lo largo de los diferentes planos y sitios, a través de un proceso complejo de conflicto, confrontación, negociación, adjudicación, traducción y compromiso.

Podemos pensar el poder hegemónico como un intento de organizar una sociedad, para estructurar el campo social de forma tal que a cada grupo (interés, fuerza) le es asignado su propio lugar particular con el grupo medular al centro y la locación de otros grupos definida por la proximidad a este centro. Aquellos más cerca al centro son los que más posibilidades tienen de ser incluidos en los procesos de toma de decisión. Pueden sentir, incluso, que han sido incluidos en el centro, aunque son localizados en su periferia. Otros grupos son localizados en la periferia del campo social mismo, lo que hace poco probable cualquier relación con el centro o aquellos grupos con los cuales éste está negociando. Puede haber, por supuesto, grupos posicionados tan lejos del centro —la posición del liderazgo hegemónico— que son virtualmente excluidos de la misma sociedad. De esta manera, el grupo medular puede re-crear un tipo de organización binaria (nosotros y ellos —aquellos quienes no pueden ser aceptados e integrados en la sociedad, el «enemigo interno» a quien se debe, por los medios que sean necesarios, denegar los privilegios de la pertenencia).<sup>8</sup>

Dado este modelo de la sociedad hegemónica, es obvio que las narrativas de conspiración son improbablemente útiles. En primer lugar, el centro hegemónico no es nunca tan simple u homogéneo como tales narrativas asumen; al contrario, al igual que la sociedad en su conjunto, este centro es una unidad en diferencia que ha sido mantenida reunida a través de toda una labor. Más importante aun, la hegemonía en tanto equilibrio inestable puede sólo ser mantenida mediante las acciones de muchos grupos diferentes, algunos de los cuales no son ciertamente parte del grupo medular. La hegemonía depende de la voluntad de la gente de negociar —o algunas veces, de negarse a negociar por lo que pueden ser excluidos— con los grupos que constituyen el núcleo y que están liderando la sociedad.

<sup>8</sup> Para una discusión sobre hegemonía, antagonismo, agonismo y democracia radical, véase la entrevista a Chantal Mouffe realizada por Worsham y Olson (1999). (N.T.).

Una pregunta se mantiene: ¿cómo es establecida una hegemonía particular, sostenida y retada? ¿Cuál es la naturaleza de la lucha por establecer una nueva hegemonía? Primero, la hegemonía es ganada a través de series continuas de pequeñas luchas locales dadas sobre sitios, asuntos e instituciones específicas de la sociedad (e.g. sobre el servicio de salud, sobre las ayudas escolares o sobre el subsidio de desempleo). En cada uno de los sitios de la lucha, el centro hegemónico lucha por ganar consentimiento a su liderazgo en este asunto, sobre tales valores, contra

aquellos competidores. Cada batalla es relativamente independiente de las otras; la victoria en una no garantiza la victoria en otra (aunque probablemente no estorba), parcialmente porque en cada batalla los lados son definidos diferentemente. Una lucha hegemónica es desplegada mediante la constante reforma de las alianzas propias de forma estratégica por un asunto en particular. Así, en esta lucha ciertas personas están con el centro hegemónico, pero sobre aquella otra lucha están en el otro lado y alguien diferente, que no estaba con el centro antes, puede estar ahora trabajando con él. Por supuesto, para lograr que un grupo determinado participe de la lucha sobre, digamos, las ayudas escolares, el centro hegemónico puede modificar su retórica o incluso su posición (o tal vez puede comprometerse con algo más). Pero así es que la hegemonía trabaja. Después de todo, si la hegemonía no es sobre dos lados, sino sobre una unidad en diferencia, es comprensible que el centro hegemónico tendrá constantemente que construir alianzas temporales para cualquier confrontación.

Una lucha hegemónica es, entonces, siempre móvil, estratégica y dispersa. Incluye la reorganización constante de las relaciones entre diferentes grupos, posiciones y políticas. No hay una simple victoria en la hegemonía, sino que tiene que ser constantemente construida en sitios particulares a través de alianzas y compromisos concretos. Esta clase de lucha es difícil que se organice una «movilización disciplinada» en contra el bloque medular de la hegemonía ya que quienes se le oponen probablemente carezcan de los recursos para pelear en el rápidamente cambiante sinnúmero de sitios donde se despliegan las luchas por la hegemonía. La resistencia no puede ser preparada para una lucha particular puesto que para el tiempo que se está listo, la lucha puede haber cambiado ya. El centro, después de todo, trata de liderar en definir dónde están los problemas y dónde las luchas serán libradas.

Segundo, una lucha hegemónica está siempre anclada en la vida diaria de la gente; es siempre una lucha popular. Es librada con las herramientas desde la vida de la gente, su cultura, sus lenguajes, sus formas de pensamiento, sus lógicas de cálculo, sus sistemas de valores, etc. Y, al mismo tiempo, lo que está en juego en tales luchas es precisamente la manera en que la vida cotidiana es organizada y entendida. Una lucha hegemónica usa la conciencia y lenguajes populares para cambiar la conciencia y lenguajes populares. Usa el sentido común, opera con y sobre el sentido común para cambiar el sentido común. Habla al y con sentido de lo que la gente considera como lo que realmente importa en aras de redefinir sus mapas de lo que importa. En otras palabras, las luchas hegemónicas tienen que mantenerse en contacto con dónde y cómo la gente vive sus vidas, tiene que entrar en y luchar con los dominios contradictorios del sentido común y de la cultura popu-

lar, con los lenguajes y lógicas con las cuales la gente calcula qué está bien y qué está mal, qué puede ser hecho y qué no, qué debería ser hecho y qué tiene que ser hecho.

Lo popular es donde la imaginación social es definida y cambiada, donde la gente construye sus identidades personales, identificaciones, prioridades y posibilidades, donde la gente forma y formula las agendas morales y políticas para ellos mismos y sus sociedades, y donde ellos deciden si y en qué (o quién) invertir el poder de hablar por ellos. Es donde la gente conoce qué puede ser dado por sentado, qué tiene que ser y qué no puede ser posible. Es donde la gente construye sus esperanzas por el futuro a la luz de su sentido de presente. Es donde se decide qué importa, qué vale la pena, y a qué están comprometidos. Este dominio de lo popular está en el centro de todas las luchas hegemónicas. Al reconocer y utilizar los contornos, contradicciones y fracturas de los lenguajes y lógicas de lo popular, las luchas hegemónicas crean consentimiento y liderazgo, aún cuando ellas luchan por forjar una nueva relación entre Estado, economía y cultura.

### Bibliografía

Butler, Judith; Ernesto Laclau y Slavoj Žižek. 2000. *Contingency, Hegemony, Universality: Contemporary Dialogues on the Left*. Verso, London.

Hall, Stuart. 1991. «Reading Gramsci». En *Gramsci's Political Thought. An Introduction*. 7-129. ElecBook, Londres.

Gray, John. 2000. *Two Faces of Liberalism*. New Press, New York.

Laclau, Ernesto. 1985. «Tesis acerca de la forma hegemónica de la política». En *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. Del Campo, J. (ed). 19-44. Siglo XXI, México.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. 1985. *Hegemony and socialist strategy. Toward a radical democracy politics*. Verso, London.

Worsham, Lynn y Gary Olson. 1999. «Rethinking political community: Chantal Mouffe's liberal socialism». En *Race, rhetoric, and the postcolonial*. Olson, G. y Worsham, L. (eds). 165-201. State University of New York Press, Albany.